

LOS NATCHEZ

SECUNDOS

DE LA DESCRIPCION DEJ PAIS QUE HABITAN

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

TRAYENDO

POR MANUEL M. FLAMANT.



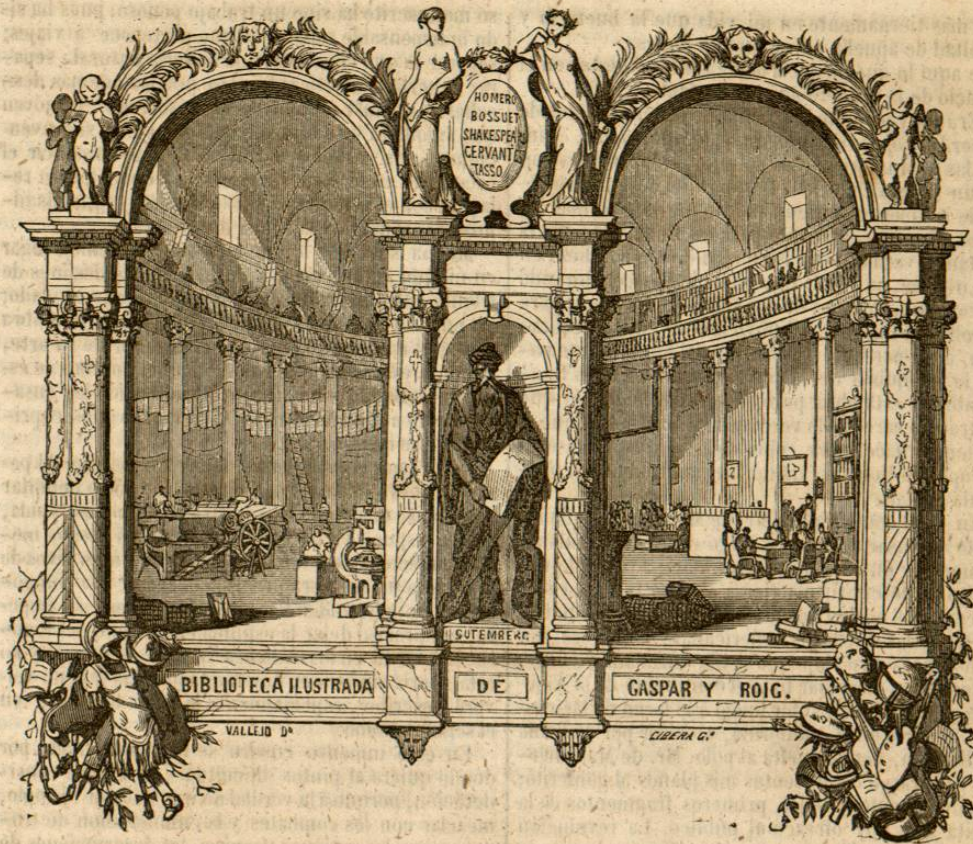
CHATEAUBRIAND

MADRID

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES

Calle del Príncipe n.º 4

1823



LOS NATCHEZ,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

PRÓLOGO.

Cuando en 1800 abandoné la Inglaterra para regresar á Francia, bajo un nombre supuesto, no quise llevar conmigo mucho equipaje, por lo que dejé en Londres la mayor parte de mis manuscritos. Entre estos se hallaba el de los *Natchez*, del cual solo llevé á París el *René* y la *Atala*, y algunas descripciones de América.

Catorce años transcurrieron antes de que las relaciones con la Gran Bretaña volviesen á verse reanudadas. En los primeros momentos de la restauracion no me ocupé de mis papeles; y por otra parte, ¿cómo encontrarlos? Hallábanse encerrados en una maleta, en casa de una inglesa que me habia alquilado una reducida habitacion en Londres, y no solo habia olvidado el nombre de aquella mujer, sino tambien el de la calle y el número de la casa.

Sin mas datos que unas señas vagas y hasta contradictorias que remiti á Londres, los señores Thuisy tuvieron la bondad de practicar las primeras diligencias, y las continuaron con un celo y una perseverancia de que hay muy pocos ejemplos; me es grato manifestarles en público mi viva gratitud.

Dichos señores averiguaron primero con sumo tra-

bajo la casa que yo habia habitado en la parte occidental de Londres. Pero mi patrona habia fallecido hacia ya muchos años, y se ignoraba el paradero de sus hijos. De investigacion en investigacion y de seña en seña, los señores Thuisy, despues de no pocas infructuosas escursiones, hallaron al fin en una aldea situada á muchas leguas de Londres, la familia de mi patrona.

Pero ocurrióles la duda de si esta habria guardado la maleta de un emigrado; maleta llena de papeles viejos y casi ininteligibles, ó si habria arrojado á las llamas aquel inútil legajo de manuscritos franceses.

Por otra parte, era de temer que habiendo salido mi nombre de la oscuridad, hubiese llamado en los periódicos de Londres, la atencion de los hijos de mi antigua patrona, y hubiesen querido apropiarse aquellos papeles, que desde entonces habian adquirido cierto valor.

Afortunadamente nada de esto habia ocurrido, pues los manuscritos habian sido conservados, y la maleta ni siquiera habia sido abierta; esta hija de la desgracia habia merecido una religiosa fidelidad á una familia desgraciada. Yo habia confiado con sencillez el producto de los trabajos de una parte de mi vida á un depositario extranjero, y mi *tesoro* me era devuelto con la misma sencillez. Nada me ha conmo-

vido mas tiernamente en mi vida que la buena fe y la lealtad de aquella pobre familia inglesa.

He aqui lo que yo decia acerca de los *Natchez* en el prefacio de la primera edicion de *Atala*:

«Era muy jóven todavia cuando concebí la idea de hacer la *epopeya del hombre de la naturaleza*, ó pintar las costumbres de los salvajes, enlazándolas con algun suceso conocido. Despues del descubrimiento de la América, ningun asunto me pareció mas interesante, especialmente para los franceses, que la «matanza verificada en la colonia de los *natchez*, en la Luisiana, en 1727. Las tribus indias conspirando de consuno, despues de dos siglos de opresion, para devolver la libertad al Nuevo Mundo, me presentaban, á mi parecer, un asunto casi tan brillante como la conquista de Méjico. Escribí algunos fragmentos de esta obra; pero en breve eché de ver que mi trabajo carecia de verdaderos coloridos, y que si pretendia hacer una copia fiel, me era preciso, á ejemplo de Homero, visitar los pueblos que me proponia pintar.

«En 1789 comuniqué á Mr. de Malesherbes mi proyecto de pasar á América. Pero deseando al mismo tiempo dar un objeto útil á mi viaje, formé el propósito de descubrir por tierra el *paso* tan buscado, y acerca del cual el mismo Cook habia dejado dudas. Partí: vi las soledades americanas, y regresé con planos para otro viaje que debia durar nueve años. Proponíame atravesar todo el continente de la América septentrional, subir luego á lo largo de las costas al norte de la California, y volver por la bahía de Hudson, dando vuelta al polo. Mr. de Malesherbes se encargó de presentar mis planos al gobierno; y este oyó entonces los primeros fragmentos de la obra que hoy ofrezco al público. La revolucion desconcertó todos mis proyectos. Salpicado con la sangre de mi único hermano, de mi cuñada, y de la del venerable anciano, su padre; habiendo visto á mi madre y á otra hermana morir á consecuencia del inhumano tratamiento que en los calabozos habian recibido, vagué al azar por estrañas regiones...

«De todos mis manuscritos relativos á la América, solo salvé algunos fragmentos, en particular la *Atala*, que no era sino un episodio de los *Natchez*. *Atala* se escribió en el desierto, bajo las chozas de los salvajes. No sé si el público mirará con aprecio esta historia, que sale de todos los caminos seguidos hasta el dia, y que presenta una naturaleza y unas costumbres completamente estrañas á Europa.»

En el *Genio del Cristianismo*, tomo II de las antiguas ediciones, en el capítulo de *las pasiones*, se leian estas palabras:

«Me será permitido dar á mis lectores un episodio compendiado, como *Atala*, de mis antiguos *natchez*? Es la vida de aquel jóven René, á quien *Chactas* refirió su historia, etc.»

Por último, en el prefacio general de la edicion de mis obras, he dado ya algunas noticias relativas á los *Natchez*.

Un manuscrito de que he podido sacar la *Atala*, el *René* y muchas descripciones insertas en el *Genio del Cristianismo*, no ha sido del todo estéril, pues se compone, como he dicho en otra parte, de dos mil trescientas ochenta y tres páginas in-folio. Este primer manuscrito se escribió sin artículos, y todos los asuntos se muestran confundidos en él: viajes, historia natural, parte dramática, etc; pero despues de este manuscrito de una sola tirada, hay otro dividido en libros, que desgraciadamente está incompleto, y en él habia yo empezado á establecer un orden metódico. En este segundo trabajo no terminado, no solo habia procedido á la division del asunto, sino que tambien habia cambiado el género de la composicion, haciéndolo pasar de la novela á la epopeya.

La revision y aun la mera lectura de aquel inmen-

so manuscrito ha sinó un trabajo penoso, pues ha sido indispensable separar lo que pertenece á viajes; separar lo que concierne á la historia natural; separar la parte dramática; ha sido preciso además desechiar y quemar mucho de aquel fárrago. Un jóven que aglomera en confuso tropel sus ideas, sus invenciones, sus estudios y lecturas, debe producir el caos; pero en este caos hay cierta fecundidad en relacion con el poder creador de la edad, y que disminuye al avanzar en la senda de la vida.

Me ha sucedido lo que tal vez no ha tenido lugar en ningun autor: esto es, leer de nuevo despues de treinta años un manuscrito ya totalmente olvidado; así pues, lo he juzgado como pudiera juzgar una obra ajena; el antiguo escritor, ya conocedor de su arte, el hombre iluminado por la critica, el hombre de espíritu tranquilo y fria razon, ha corregido los ensayos de un autor inesperto y abandonado á los caprichos de su imaginacion.

Debía, por consiguiente, temer un peligro. Al pasar de nuevo el pincel por el cuadro, podia debilitar las tintas; una mano mas segura pero menos rápida, estaba espuesta á hacer desaparecer los rasgos menos correctos, pero tambien los toques mas vivos de la lozania juvenil; era preciso conservar á la composicion su independendencia, y por decirlo así, su impetu; era preciso dejar la espuma en el freno del fogoso corcel. Si en los *Natchez* hay cosas que hoy no estorparia sin temor, hay tambien otras que no volveré á escribir, especialmente la carta de René, en el segundo tomo.

En este inmenso cuadro se han presentado por donde quiera al pintor dificultades de alguna consideracion, porque á la verdad no era fácil por ejemplo, mezclar con los combates y la enumeracion de tropas, segun las antiguas usanzas, las descripciones de batallas, revistas, maniobras, uniformes y armas modernas. En estos asuntos mistos se camina sin cesar entre dos escollos: la afectacion ó la trivialidad. Respecto á la impresion general que resulta de la lectura de los *Natchez*, es, si no me equivoco, la misma que se experimenta en la de *René* y *Atala*, puesto que es natural que el todo tenga estrechas relaciones con la parte.

Puede leerse en Charlevoix (*Historia de la Nueva Francia*, tomo IV, pág. 24), el hecho histórico que sirve de base á la composicion de los *Natchez*: de la accion particular narrada por este historiador, he hecho, dándole mayores proporciones, el asunto de mi obra.

He dicho que habia dos manuscritos de los *Natchez*: uno dividido en libros, y que solo comprende la mitad de la obra, y otro que contiene el todo sin division y con todo el desorden de la materia. De esto procede una singularidad literaria en la obra, tal cual la presento al público: el primer tomo se eleva á la dignidad de la epopeya, como en los *Mártires*, al paso que el segundo desciende á la narracion ordinaria, como en la *Atala* y en el *René*.

Para llegar á la unidad de estilo hubiera sido preciso borrar del primer tomo el colorido épico, ó hacerlo estensivo al segundo; por consiguiente, así en uno como en otro caso, no hubiera reproducido con fidelidad el trabajo de mi juventud.

Así, pues, en el primer tomo de los *Natchez* se hallará lo maravilloso, y lo maravilloso en todo género: lo maravilloso cristiano; lo maravilloso mitológico; lo maravilloso indio; halláranse musas, ángeles, demonios, genios, combates y personajes alegóricos: la Fama, el Tiempo, la Noche, la Muerte y la Amistad. Este tomo ofrece invocaciones, sacrificios, prodigios y multiplicadas comparaciones, unas breves, largas otras, á la manera de Homero, y formando ligeros cuadros.

En el tomo segundo lo maravilloso desaparece, pe-

ro la intriga se complica, y los personajes se multiplican, y algunos de ellos pertenecen á las clases inferiores de la sociedad. En fin, la novela reemplaza á la epopeya, sin hacerse inferior al estilo del *René* y de la *Atala*, y si superior algunas veces, tanto por la naturaleza del asunto, cuanto por la de los caracteres y por la descripcion de los lugares, al tono de la epopeya.

El primer tomo contiene la continuacion de la historia de *Chactas*, y su viaje á París. El fin de esta narracion es establecer un paralelo entre las costumbres de los pueblos cazadores y pescadores y las del pueblo más civilizado de la tierra; y, haciendo á la vez la critica y el elogio del siglo de Luis XIV, entablar una competencia entre la civilizacion y el estado natural; se verá que el juez decide la cuestion.

Para hacer pasar á los ojos de *Chactas* los hombres ilustres de aquel gran siglo, me he visto precisado algunas veces á reducir los tiempos y agrupar algunos hombres que no vivieron á la vez, sino que se sucedieron en el discurso de un largo reinado. Nadie me acusará por estos insignificantes anacronismos, que debia, no obstante, advertir aquí.

Lo mismo digo respecto de los acontecimientos que he trasladado y encerrado en un período fijo, y que se estienden históricamente antes y despues de este período.

Espero que no se me tratará con mas rigor por la critica de las leyes. El procedimiento dejó de ser público en Francia en el reinado de Francisco I, y los acusados no tenian defensores. Así es que cuando *Chactas* asiste á la vista de una causa criminal, incurro en un anacronismo relativamente á las leyes; y si en este punto hubiese menester de justificacion, la hallaria en el mismo Racine.

¿Has visto dar tormento?

ISABEL.

No; y segun creo, jamás lo veré.

DANDIN.

Ven, y haré que abandones el deseo de verlo.

ISABEL.

¿Cómo! ¿es posible ver padecer á los desgraciados?

DANDIN.

¡Vah! eso entretiene una ó dos horas.

Racine supone que en su tiempo se veia dar tormento, y no era así; porque solo los jueces, el escribano, el verdugo y sus dependientes asistian á él.

Espero, finalmente, que ningun verdadero sabio de nuestros dias se ofenderá del relato de una sesion de la Academia y de una inocente critica de la ciencia en tiempo de Luis XIV; critica que halla por otra parte su correctivo en la *comida en casa de Nino*. No se ofenderán tampoco mas de lo que los curiales puedan sentirse zaheridos por mi relacion de una audiencia en el Palacio. Nuestros abogados, nobles defensores de las libertades públicas, no hablan ya como el Pequeño-Juan de los *Litigantes*; y en nuestro siglo, en que la ciencia ha hecho tan notables progresos y creado tantos prodigios, la pedanteria es una ridiculez enteramente ignorada de nuestros ilustres sabios.

Hállase tambien en el primer tomo de los *Natchez* un libro de un *Cielo cristiano*, diferente del *Cielo de los Mártires*: al leerlo he creído experimentar tal sentimiento de lo infinito, que me ha obligado á conservar este libro. Las ideas de Platon se hallan confun-

didas en él con las ideas cristianas, y esta mezcla no ha presentado á mis ojos cosa alguna que deba considerarse como profana ó caprichosa.

Si se fija la atencion en el estilo, los escritores jóvenes podrán aprender, comparando el primer tomo de los *Natchez* con el segundo, por medio de qué artificios puede cambiarse el tono de una composicion literaria, haciéndola pasar de un género á otro. Pero nos hallamos en el siglo de los hechos, y estos estudios acerca de las palabras parecerian sin duda ociosos. Debe, no obstante, saberse si el estilo es indiferente cuanto se trata de hacer vivir los hechos: Voltaire no ha dejado de prestar servicios á la fama de Newton. La historia que castiga y recompensa, perderia su poder si no supiese pintar: sin Tito Livio, ¿quién se acordaría ya de Bruto? ¿Quién, sin Tácito, se ocuparía de Tiberio? El mismo César defendió la causa de su inmortalidad en sus *Comentarios*, dejándola victoriosa. Aquiles no existe sino por Homero. Suprimase el arte de escribir y habrá desaparecido del mundo la gloria. Esta gloria acaso es una superfluidad bastante hermosa para que sea provechoso conservarla, á lo menos por algun tiempo.

La descripcion de la América salvaje exigiria naturalmente el cuadro de la América civilizada; pero este cuadro me pareceria de mal efecto colocado en el prefacio de una obra de imaginacion. En el tomo se hallarán los recuerdos de mis viajes en América; y despues de haber pintado los desiertos, diré lo que ha llegado á ser en Nuevo-Mundo, y lo que puede prometerse del porvenir. La historia continuará de esta manera la historia, y los diferentes asuntos que la forman no serán involucrados.

LIBRO PRIMERO.

Quiero cantar, á la sombra de los bosques americanos, con las armonias de la soledad, tales como jamás han llegado á humanos oídos; quiero cantar vuestras desventuras, ¡oh *natchez*, oh nacion de la Luisiana, de que no quedan ya sino escasos recuerdos! ¿Los infortunios de un ignorado habitante de los bosques, presentan acaso menos derechos á nuestras lágrimas, que los que afligen á los demás hombres? ¿Los dorados mausoleos de los reyes en nuestros templos, deben conmovernos mas que la olvidada sepultura de un indio, bajo la encina de su patria?

Y tú, antorcha de las meditaciones, astro apacible de las noches, ¡sé para mí el astro del Pindo! guía mis inseguros pasos á través de las desconocidas regiones del Nuevo-Mundo, para que á tu plácida luz descubra los encantadores secretos de los desiertos.

René, acompañado de sus guias, habia subido la corriente del *Meschacébé*, y su barca flotaba al pié de tres colinas, que á manera de una cortina ocultaban á la vista el hermoso país de los hijos del sol. Lánzase á la orilla, trepa la escarpada costa y llega á la mas alta cima de las tres colinas. La principal ciudad de los *Natchez* dejábase ver á corta distancia en una llanura sembrada de bosquecillos de safrás; aquí y acullá vagaban algunas indias mas ligeras que las corzas entre las que triscaban; su brazo izquierdo estaba cargado con una cesta que pendia de una larga corteza de sauca, y recogian fresas cuyo encendido color enrojecia sus dedos y los inmediatos céspedes. René bajó de la colina y se adelantó hácia la aldea. Las mujeres se detuvieron á alguna distancia para ver pasar á los extranjeros, y luego huyeron á los bosques: así las palomas miran al cazador desde la